

CRONICA CULTURAL

Puesto el pie en pleno 1948, se hace difícil volver atrás, y nada menos que hasta el verano de 1947. Y, sin embargo, ello es preciso, si pretendemos que sea fiel el recuento periódico de nuestros fastos culturales que aspira a ser esta Crónica. Difícilmente, en efecto, podríamos escamotear un período que, si en algún tiempo pudo no pasar de paréntesis, se ha trocado hoy en simple cambio de residencias culturales. La Universidad de Jaca, los cursos de verano organizados por la de Santiago, los de Estudios pirenaicos de Lérida, los de Prehistoria y Arqueología de Ampurias, el VIII Curso veraniego de la Universidad de Oviedo, los que en el mes de septiembre conoció La Rábida, la novísima Universidad Internacional de Santander, en fin —novísima, pero no falta de precedentes— casi venerables—, no pueden ya ser considerados como simple anécdota. Al contrario, ¿no constituyen precisamente el balcón de nuestra cultura al mundo? Y, por otra parte, ¿no es gracias a esos Cursos cómo nuestra cultura —que tan gravemente peca de centralista— se acerca a la periferia, para purgarse allí de muchos vicios y adquirir no pocos valores?

La importancia de esas Universidades y Estudios, montados durante los meses de julio y agosto, no puede medirse por la quincena o el mes que, a lo sumo, suelen durar. Gracias a ellos, además de lo dicho, se logra algo más interesante que la cátedra misma, a saber: el discreteo y la charla en la puerta del aula, en los pasillos o camino de la playa. A nuestras actuales tendencias culturales se les ha reprochado por alguien inclinarse demasiado del lado de la erudición y de la investigación, con perjuicio de la otra labor, la docente

y pedagógica. Incluso se ha llegado a señalar cómo, en nuestra historia cultural, esas dos corrientes —la erudita y la docente— encontraban una patente identificación (sin faltar, claro está, excepciones) en las dos grandes trayectorias de las “derechas” y de las “izquierdas”, para terminar apuntando que nuestro deber, ahí igual que en lo demás, está en recogerlo todo; lo mismo el legado de Menéndez Pelayo o Mella que la parte positiva del de Giner o del de Cossío. Pues bien, sea cual fuere la crítica que de tales críticas pueda hacerse, lo cierto es que, por lo que toca al segundo legado, ahí está el camino para hacernos plenamente cargo de él; en el claustro y en el seminario de estudios, en la conversación, en el contacto directo de maestros y discípulos, en toda esa pedagogía socrática y peripatética, que vienen a representar un poco nuestras juveniles y polícromas Universidades de verano.

LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL “MENÉNDEZ PELAYO”

A ella le corresponde la rectoría de esas otras Universidades de una quincena o de un mes. Fué ésta, la duración de los estudios santanderinos, en los que se dieron los siguientes Cursos: Problemas contemporáneos, dirigido por Joaquín Ruiz Jiménez, director del Instituto de Cultura Hispánica; Periodismo, que dirigió D. Fernando Martín-Sánchez; Dirigentes sociales, a cargo de D. Angel Herrera, hoy Obispo de Málaga; Humanidades, dirigido por el rector de la Universidad, señor Pérez Bustamante, con cuatro secciones, a saber: Historia, Literatura, Arte y Geografía, Folklore y Música; Ciencias médicas. Mas para medir la importancia de la Universidad, sería preciso reseñar la serie de conferencias que cada curso comprendió, y que a duras penas pudieron encerrarse en el estrechísimo marco de treinta días. Internacional por los alumnos, que representaban a más de treinta naciones diferentes, la Universidad lo fué también por los profesores, en quienes no faltaron, junto a nuestros Pemán, Cortés, Laín, Larraz, Azpiazu, Urdanoz, Palacios, Puigdollers, Gómez-Moreno, Ferrandis, Alcázar, Viñas, Ballesteros, Morales Oliver, Cossío, Diego, Camón, Lafuente o Caro Baroja, los nombres de De

Corte, de la Universidad de Lieja; Sciacca, de la de Pavía; Bochenski, de Friburgo; Baudhuim, de Lovaina; Hollis, de Oxford; Deryng, de Vilna; Thibon, de París; Dempf, de Viena; Redslob, de Estrasburgo, y los de Schmidt, Dauphin-Meu-
nier, Pico, Wagner de Reina, Junco, Angelis o Ameal, entre otros muchos que recuerdo perfectamente, y que valen lo que los citados, pero cuya inserción me la veda la extensión de esta Crónica. Solamente por eso, la Universidad, que se clausuró con un discurso de Laín. Entralgo, merecería citación extensa. Más todavía porque, vanguardia de la otra Universidad, se preocupó de establecer esa vinculación con los problemas diarios, cuya falta tantas veces se le ha echado en cara a una sabiduría perdida con frecuencia en las nubes. Los Cursos de Periodismo y de Dirigentes sociales representan eso: un intento, quizá discutible, pero aleccionador. Y todavía se hace más obligada la mención de la Universidad, por lo apuntado al comienzo de la Crónica; porque, en ella, profesores españoles y extranjeros, estudiantes españoles y extranjeros, han enseñado y aprendido, respectivamente, pero, sobre todo, se han conocido y han convivido estrechamente. Lo más valioso que de allí resulte será, sin duda, lo que se haya gestado en esas ocasiones, o en los libres seminarios de discusión abierta para todos. Porque nos interesa que, de nuestra Universidad, pueda decirse lo que Menéndez Pelayo dijo de Iloréns, que su "labor pedagógica quedó, como la de Sócrates, archivada no en libros, sino en espíritus humanos", podemos proclamar, satisfechos, que, con ser buena la cátedra, el claustro resultó lo mejor en la Universidad Internacional de Santander.

LAS CONFERENCIAS INTERNACIONALES DE SAN SEBASTIÁN

Claustro en mayor grado, es decir, intimidad más estrecha, para —ausentes toda retórica y todo doctoralismo— encaramarse de lleno con el fantasma de nuestro tiempo, han sido las Conversaciones Internacionales Católicas que, desde el 8 al 15 de septiembre, se celebraron en San Sebastián. Claro es que el común denominador, representado por el común credo

de los allí presentes, permitió desde el principio una precisión que en otros lugares tuvo forzosamente que faltar; pero, en fin, no se da esa precisión, aun en trances que debieran ser parejos, con tanta frecuencia, como para que resulte inoportuno nuestro júbilo ante el éxito de la semana de conversación.

Sus temas eran: 1) la solidaridad internacional entre los cristianos; 2) programa de acción común de los católicos de todas las naciones; 3) misión de los intelectuales católicos; 4) ayuda material entre los pueblos. Los asistentes fueron cincuenta intelectuales, entre europeos y americanos, de veintuna nacionalidades diferentes, a saber: ingleses, holandeses, belgas, alemanes, franceses, suizos, italianos, húngaros, eslovacos, rumanos, polacos, lituanos, portugueses, cubanos, mexicanos, colombianos, chilenos, argentinos, uruguayos, norteamericanos y españoles. La dificultad mayor la encerraba el propósito que inspirara las Conversaciones: "reunir a un grupo de hombres en torno a una mesa para que conversen, en conversación tan llana y tan íntima como sea posible". Justo es proclamar que el propósito se consiguió; en las Conversaciones de San Sebastián, se conversó.

Hubo, por ello, conocimiento mutuo. "Estas reuniones internacionales —ha escrito uno de los asistentes, Mr. Woodruff, director de *The Tablet*— revisten particular importancia por el hecho de que proporcionan a los católicos la posibilidad de apreciar lo separados que con respecto a los hechos históricos han permanecido los miembros de la Iglesia universal desde los tiempos de la Reforma y del nacimiento de las naciones como Estados soberanos", palabras a las cuales deben agregarse estas otras del mismo Mr. Woodruff: "he asistido en mi vida a numerosas reuniones católicas internacionales, pero en ninguna se prescindió tan pronto del nacionalismo y de las opiniones personales como en ésta". Quiere esto decir que las Conversaciones sirvieron. Porque allí la cultura fué algo vivo y no ornamentación personal; porque fué cultura en voz baja.

Que sirvieran idénticamente las "Rancontres" que en Ginebra conocieron su segunda serie, y a las que asistió, por España, Eugenio d'Ors, lo impidió eficazísimamente la pre-

sencia de ese espíritu marxista, en quien, todavía, algunos intelectuales no ven sino un enemigo político; no un peligro cultural.

EL CENTENARIO DE CERVANTES

La conmemoración del programa cervantino se desarrolló con arreglo al programa previsto: ceremonia en Alcalá, donde, el 9 de octubre de 1547, fuera bautizado el autor del *Quijote*; discurso de José María Pemán; exposición bibliográfica cervantina en la Biblioteca Nacional; concierto cervantino; visita a El Escorial, a la tumba de Don Juan de Austria; exposición, en el Musco Naval, de recuerdos y trofeos de Lepanto... y Asamblea Cervantina. A ésta, fueron invitados representantes de la Hispanidad: académicos argentinos, mejicanos, bolivianos, colombianos, nicaragüenses, peruanos, ecuatorianos y filipinos, en unión de nuestros mejores amigos hispanistas de Italia, Suiza, Inglaterra, Francia y Holanda. A su tiempo expuse mis temores sobre este centenario: que se nos quedara en pura llamarada, fuego artificial de ditirambos superficiales. Es agradable consignar, por eso, que, si la Asamblea comenzó, aún no ha terminado en rigor, y que actualmente se preparan ponencias que, en abril de este año, coincidiendo con la Fiesta del Libro y el aniversario de la muerte de Cervantes, encontrarán su pública consagración en la reunión final de la Asamblea. Más aun: que, como anunció el Ministro de Educación Nacional en su discurso de clausura, se ha llegado ya a ciertas conclusiones sobre vocabulario hispanoamericano, léxico cervantino y filología hispanoamericana, y que, cada cinco años, en el mes de octubre, se reunirá la Asamblea General de la Lengua Española.

Mas, por huir de la retórica, no nos reclusamos tampoco en clausuras académicas, en pura filología y en sólo ediciones críticas de nuestros clásicos. Ni debe preocuparnos el que Ramón Gómez de la Serna se propusiera extractar el *Quijote* hasta dejarlo en cuatrocientas páginas, ni el que se intente elevar, sobre el necesario pedestal de la seria investigación, otra cosa. Porque el español es más que la lengua de un gran libro, y más todavía que la lengua de ciento treinta millones

de seres humanos; es la lengua de un espíritu, y quizá, quizá, por hoy, la lengua del espíritu. Y fué para todos admirable que eso viniera a repetírnoslo el presidente Perón, en su discurso ejemplar del Doce de Octubre, que fué, todo él, un homenaje al "hombre cuya figura y obra constituye la expresión más acabada del genio y de la grandeza de la raza", y "al alto espíritu señorial y cristiano que inspira la Hispanidad". ¿Pueden, ser, éstos, tópicos? Bien; tópicos son entonces, también, Don Juan de Austria y Hernán Cortés, fundador, éste, del pueblo mejicano, que, según Martín Artajo, "parece la versión trasatlántica del alma castellana", y cuyo centenario igualmente coincidió con 1947; pero sucede que, sin esos tópicos, nada de cuanto hiciéramos encontraría significación.

UNA POLÉMICA SOBRE EL "QUIJOTE"

¿Será cosa de aclarar hasta qué punto esa vinculación de Cervantes con nuestro ser presupone ciertas interpretaciones, de las que podría ser reciente exponente la de Salvador Lissarrague, al escribir que "no sería mala ahora una ráfaga de quijotización en el mundo", puesto que Don Quijote, añade, "significa la vindicación de la persona de la caparazón colectiva que la envuelve", aunque su obra fracasara al intentarla "con la individualista jactancia española"? En todo caso, ésa, se encuentra bastante alejada de otras interpretaciones, no demasiado lejanas, que acusaban a la obra inmortal de "decadente". Pero ello no significa en modo alguno que encontremos sensata la postura del italiano Zuaní, emprendiendo, un mucho a ciegas, la que se le antojó defensa del Hidalgo frente a una generación española —la nuestra—, que, según él, "procesó", nada menos, al bueno de Alonso Quijano. Oportuno será aclarar que, de esa generación es Lissarrague, y muchos que suscriben lo escrito por él, y que, en cambio, no han sido de esa generación, ni, en muchos casos, españoles, "fiscales" del *Quijote*, como Oliveira Martins, Byron, Heine, Turguenev, Barbey d'Aureville, Valera y Ramiro de Maeztu, ni es, por cierto, de hoy, la frase sobre "el gran libro que mató a un gran pueblo". Por lo demás, claro está que

libres somos todos para interpretar, que las acusaciones de "decadentismo" o vejez tienen mucho de razonable, y que las rehusemos o no, nada tiene ello que ver con la postura del italiano que, a golpe de tambor, pretende imponer, por lo visto, una interpretación concreta de una obra tan diversamente interpretable.

LA CULTURA ESPAÑOLA EN AMÉRICA

Claro es que, al tratar de la Asamblea Cervantina, hemos tratado en buena parte de los americanos en España. Aunque aun sea necesario, para hacer las cosas con entera justicia, insistir en la presencia, entre nosotros, de José Vasconcelos, "un amigo que vuelve", como él mismo se calificó, o decir algo sobre la fundación del Instituto Hispanomejicano de Investigaciones Científicas. Al tratar de la presencia española en la otra parte de ese Atlántico, que nuestros comunes antepasados supieron convertir —ha dicho d'Ors— en Mediterráneo, no hemos de tratar tampoco, solamente, de personas. No se refieren a ellas, en efecto, sino a instituciones, la fundación, en Buenos Aires, de un Instituto Hispanoamericano de Cultura, que se alzarán sobre doce sillares sacados de nuestras Universidades, ni las exposiciones del Libro Español en Río de Janeiro y en el Paraguay, ni la fundación en Lima del Instituto Peruano de Cultura Hispánica, ni, volviendo a la Argentina, la actuación de la compañía de nuestro Teatro Nacional, o la Exposición de Arte español celebrada en Buenos Aires. La importancia de todo eso es verdadera. La presencia de españoles en América se ha dado siempre, en efecto, pero la de nuestra cultura en masa, o, mejor dicho, en formaciones regulares y disciplinadas, eleva en muchas potencias la eficacia de una acción, encomendada, casi hasta ayer, al esfuerzo improvisado, a menudo genial, pero aislado y sin trabazón, de nuestros anteriores y meritorios guerrilleros. Por eso, el presidente del Instituto de Cultura Hispánica de Montevideo, D. José García Antuña, que habló, por cierto, en la madrileña cátedra "Ramiro de Maeztu", pudo decir que España es el centro cultural e intelectual más vigoroso de Europa; porque conoció, en su tierra, las publicaciones del Instituto de Cultura His-

pánica, de la Dirección General de Relaciones Culturales, de nuestro Instituto de Estudios Políticos, que, según asegura, produjeron allí sorpresa. Igual efecto han podido producir los tres mil volúmenes exhibidos en Río de Janeiro, y más todavía, los cuadros que en Buenos Aires han mostrado lo que ha sido, es y, probablemente, será nuestra pintura.

¿Qué es lo que ha ido a Buenos Aires? Se ha dado esta clasificación: 1) consagrados: Zuloaga, Benedito, Sotomayor, Chicharro, Anglada, Solana; 2) viejos: Vázquez Díaz, Iturrino, Echevarría, Artela, Sunyer; 3) jóvenes: Aguiar, Valverde, Cossío, Palencia, Frau, Prieto; 4) benjamines: Alvaro Delgado, Zabaleta, Bueno, Vicente, Gómez Cano, Vaquero, Morales, García Ochoa; 5) escultores: Clará, Casanova, Adsuara, Pérez Comendador, Ferrant, Planes, Laviada. Eugenio d'Ors, por su parte, ha distinguido tres apartados: el de los "senadores", o sea —aclaremos—, los "indiscutibles", o, al menos, los no discutibles sin escándalo; el de los "militantes", es decir, aquéllos de los que uno puede discutir y a los que d'Ors, efectivamente, discute, al censurar en muchos de ellos la que llama "pandereta enlutada", esto es, lo zuloaguesco, y al tropezar en otros con la que denomina pintura "fungible", pintura sin originalidad, aunque pueda ser, técnicamente, buena pintura; el tercer grupo, en fin, es el de los que reúnen las dos condiciones de nuevo y de bueno; grupo que, según aclara d'Ors, está constituido por los pintores que pasaron por la Academia Breve, "no oficial ni popular, ni hija de la espontaneidad social, ni de la intervención oficial", pero que en Buenos Aires ha representado la levadura, el "deux ex machina", el fermento, o cuanto se quiera, siguiendo esa línea.

Por lo que valiere, ahí queda esa opinión. Dedúzcase de ella, al menos, que los argentinos han tenido ocasión de conocer, así, a nuestros consagrados, a la gran masa de nuestros pintores y, en fin, a esa minoría que representa la Academia Breve, que últimamente, por cierto, ha celebrado su quinta reunión. La Academia, con su Salón de los XI, ha acertado a crear lo que se ha llamado "una conciencia de preocupación". Ellos, y los otros, habrán demostrado en Buenos Aires dos cosas: primera, que "¡qué bien se dibuja o, mejor, qué bien se pinta en España!"; segunda, hasta qué punto nuestro arte es

"profundamente humano y auténticamente libre". Dos frases que tomo prestadas en gracia a su valor.

¿Más deducciones? Pues sí, ésta: que el influjo de la exposición habrá sido, de seguro, directamente proporcional a su aire "europeo". Pero, entendámonos; no quiero aconsejar con esto que debamos llevar ahí, ni que hayamos llevado, un cosmopolitismo anodino. Al decir "europeo", me refiero a la interpretación española de temas universales. Pues esto es aplicable a toda nuestra obra allí, y las palabras de Antonio Tovar, a su vuelta de Buenos Aires, lo confirman. "Es muy grave --dijo-- el deber que las nuevas generaciones de científicos españoles tienen de situarse en primera línea, cada uno en su especialidad, sin incurrir en optimismos bobos y sin cerrar los ojos a lo que ocurre en el mundo." No es con mera retórica con lo que podemos embarcarnos para América. Sobre lo que es Hispanidad, quizá puedan dárse nos ya lecciones. Lo urgente es trabajar para darle a esa Hispanidad sus armas técnicas. Y lo que importa es que nosotros suministremos los instrumentos que nos haya correspondido forjar. Por ejemplo, la obra jurídica de nuestro joven Jaime Guasp, difundidísima en Cuba, según mis noticias, vale hoy más para la Hispanidad que cien recitales que pudieran improvisarse de la *Salutación al optimista*, de Rubén, y dígase lo mismo del rastro que, como profesional, pueda haber dejado Tovar al otro extremo del Continente (Tovar, que acaba de publicar una *Vida de Sócrates*, de cuya "excepcionalidad soberana" se hace lenguas d'Ors, y que Angel Alvarez de Miranda vuelve a calificar con el mismo vocablo, razonando esa excepcionalidad con referencia a la restante producción de Tovar; con relación al tema tratado, y con respecto al nivel de la producción científica española). Los miembros de la Hispanidad no estamos solos en el mundo, y cada uno está, no sólo para gritar a los demás el hecho evidente de su convivencia, sino para proporcionarles la visión de aquellas zonas culturales extrañas que le queden más próximas. Como ellos deben ser nuestro filtro de la cultura norteamericana, nos toca a nosotros ser el prisma a través del cual, sin deformaciones, pero sin confusiones, Europa llegue a América.

La Exposición de Arte Español en Buenos Aires marca un buen camino.

BENLLIURE

Rebasados los ochenta años, D. Marceliano Santamaría ha celebrado una exposición de sus obras. Junto a nuestra cultura joven, se conservan, en efecto, apreciables figuras del pasado, en ocasiones en gloriosa y plena actividad. Entre esos patriarcas de nuestra cultura, estaban hasta hace muy poco, con el pintor citado, el coleccionista Lázaro Galdeano, en quien alguien señaló perspicazmente la vinculación con tarea de la importancia de aquella *España Moderna*, nuncio de la posterior *Revista de Occidente*; el actor Enrique Borrás, el Conde de Romanones, los escultores Aniceto Marinas y Benlliure; los escritores Natalio Rivas y Ruiz Contreras; el Marqués de Valdeiglesias, periodista. De éstos, ya, han fallecido Galdeano y el escultor Benlliure.

Benlliure, levantino, deja en nuestro arte un rastro semejante al de Blasco Ibáñez o al de Sorolla. Con acierto, se ha señalado en él ese carácter "torrencial", tan propio de los artistas de su tierra. Durante su dilatada vida, no cesó de trabajar, y así, al írsenos, ha podido dejar tras sí un mundo de obras de toda especie, desde esculturas diminutas y graciosas hasta mausoleos y gigantescas obras conmemorativas, que, esparcidas por todas las partes del mundo, explican la personalidad de su autor, tan bien como su propia estampa anacrónica de "escultor-escultor"; grandes bigotes, patillas y chalina. Esa personalidad fué, ante todo, la de un hombre cuya exuberancia vital y creadora sólo encuentra par, quizá, en Goya. Que su obra haya sido discutida, y hasta muy discutida, es, naturalmente, otro cantar. Coincidió Benlliure con el momento artístico del "realismo", y, consiguientemente, procuró lograr una escultura que se pareciera lo menos posible a la escultura. Nada hay en él de equilibrio de masas, de serenidad, y demasiado, en cambio, de valores propiamente pictóricos para que sea de nuestro gusto. Con todo, nadie puede discutirle dos cosas valiosas: primero, su maestría profesional; segundo, su popularidad (que ésta también puede ser,

jóvenes, un valor). Pensionado en Italia, barroco, conocido en la calle, retratista de cuantos significaron algo en España a lo largo de tres cuartos de siglo, con Benlliure se va una época que no podemos desconocer.

Lo mismo cabría decir a propósito de Gregorio Martínez Sierra, autor de comedias finas, amigo de Rubén Darío, traductor de Maeterlink, introductor de mucha literatura extranjera en la España del 900, y muerto ahora, apenas vuelto a su Patria, tras diez años de ausencia.

CUATRO "SENADORES"

Lo bastante firmes, en su valoración, como para que pueda aplicárseles sin miedo el calificativo, pero mucho más próximos a nosotros, como que de ellos derivamos directamente en bastantes cosas, se nos presentan en esta Crónica, Menéndez Pidal, Ortega, Marañón, d'Ors.

Del primero, nos ocupamos con ocasión de su prólogo a la *Historia de España* por él dirigida. Baste, pues, con recordar lo que allí se dijo sobre la figura más venerable de nuestro mundo intelectual, con motivo, esta vez, de haber vuelto a dirigir la Real Academia Española. A Ortega, recordémosle, también, por esa "Introducción a Velázquez", que explicó en San Sebastián; a Marañón, por la aparición de su monumental *Antonio Pérez*; a d'Ors, por la de *El secreto de la filosofía*, de la que se ha dicho que es la primera concepción filosófica original que se da entre nosotros desde los tiempos de Suárez.

Tanto hemos escrito de Ortega, aquí, que se antojaría impertinente cuanto repitiéramos. De Marañón, recuérdese lo apuntado. Marañón no es exclusivamente un historiador, pero parece increíble que pueda ser más que un historiador, hasta tal punto, como historiador, es excelente. Claro es que a su modo de ver ciertas cosas le podemos poner reservas; eso no quita la admiración que, sin reservas ésta, profesamos al intelectual, al científico, al historiador, y, puede que más que todo eso, al maravilloso escritor. Pero d'Ors merece mayor atención aquí, siquiera sea por tratarse de aquél a quien por derecho propio corresponde el título de Gran Cronista de nuestra cultura, que eso ha sido desde que, como simple "Xenius",

inició sus glosas diarias en la prensa, hasta hoy, ya convertido en respetable D. Eugenio.

De lo que sea el filósofo d'Ors no puedo juzgar, aunque sí me parezca interesante recordar que, en todo caso, no será él el solo filósofo en España. No hace mucho que Leopoldo Enlogio Palacios, saliendo al paso de los que "siguen preguntándose en voz alta si los españoles están dotados de aptitudes naturales para la filosofía", "como si fuera posible hacer teología sin filosofía, y como si España, por ser cuna de incomparables teólogos, no lo fuera, a la vez, por eso mismo, de los filósofos más profundos", nos recordaba la figura del reverendo padre Santiago M. Ramírez, O. P., cuyos comentarios a las cinco primeras cuestiones de la *Prima Secundae* de Santo Tomás, publicados con el título *De hominis beatitudine*, están poniendo al día, "con una elevación y una altura incomparables", la verdadera doctrina sobre la felicidad del hombre. Fácil sería colocar, tras ese nombre, cuantos se han destacado en las principales revistas consagradas a filosofía, muy singularmente los de Zaragüeta, García Morente, González Alvarez, Marías, Carreras Artáu, Solana, Iturriz y, sobre todo, Ortega, Zubiri y el ya citado d'Ors. Pero, volviendo a mi tema, diré que, de lo que el último sea en sus otros aspectos, sí me atrevo a hablar. El mismo d'Ors ha señalado que, donde el ensayo, falto de prueba, se olvida, la glosa —que, repitiendo, prueba—, persiste. Lo cierto es que, cuando la obra preciosista de otros maestros se nos cae de las manos, el conjunto de glosas de éste, a quien Vogel llamó "Sócrates de la moderna España", se sostiene. Y nos sostiene. ¿"Suma de los tiempos nuevos", la denominaremos con Marcel Robin? Me gusta más lo del propio d'Ors; otro diccionario filosófico portátil, como el de Voltaire, pero contra Voltaire; "poniendo el formidable instrumento inventado por el enciclopedista para su quehacer disolvente, al servicio de una causa opuesta, de una empresa humana de restauración".

De esa restauración, d'Ors ha hecho los planos. Nosotros colocamos las piedras. Sin perjuicio de variar, de vez en cuando, los planos. Pero reconociendo a su autor aquello que le distingue de los demás "senadores"; que, si éstos pueden ha-

bernos enseñado cómo trabajar, d'Ors nos ha mostrado para qué trabajar.

NOVELISTAS NUEVOS

“Senador”, también, sería “Azorín”, en cuyo honor ha celebrado el Ayuntamiento de Madrid una Exposición, en la que pudimos ver su retrato por Zuloaga, sus obras, y lo que en un tiempo pareció valer tanto como sus obras, a saber, el paraguas rojo, que, con el monóculo, compuso la silueta del “Azorín” de fin de siglo; de un “Azorín” un tanto descosido, como sus compañeros de generación, de “épater les bourgeois”, trayéndose un convencional Montmartre al Madrid de entonces. Con los años, el paraguas de “Azorín” ha seguido el mismo camino del olvido que las pajaritas de Unamuno y las barbas de Valle-Inclán, y aquellos hombres sólo quedan como lo que en realidad eran: unos artistas estupendos.

Ante la obra admirable de Baroja, ante la de “Azorín”, frío e implacable depurador del idioma, descubridor de tesoros ocultos en el habla popular, enemigo jurado de retóricas y engolamientos, ¿podemos contemplar satisfechos nuestra joven novela? No hablo ya de la novela de nuestra guerra, tan necesaria y que tanto se hace esperar, puesto que las hasta hoy aparecidas, salvo los respetables aciertos parciales a cargo de García Suárez y de García Serrano, no han conseguido sino darnos una visión remarquiiana de una guerra que lo fué todo menos remarquiiana. Pero, ciñéndome a la otra novela, ¿qué?

En ella acampau Pedro de Lorenzo, ganador del premio “Azorín”; Pedro de Lorenzo, con su rostro infantil, de haberse escapado del colegio, según Pérez Ferrero; con su aire de santón instigador de guerrillas o de nigromante, que dijo Cela; enlutado, peinado y afeitado, con sus novelas exquisitamente cuidadas. En ella están, también, Carmen Laforet, Gironella y Eulalia Galvarriato. De ésta, Muñoz Cortés dice que su obra *Cinco sombras* marca una orientación totalmente nueva en nuestra novelística, hasta el extremo de que llama a 1947 “el año de Cinco sombras”. Están Zunzunegui, Ignacio Agusti, Escrivá, quizá Torreblanca, uno de nuestros jóvenes maestros

en ese arte difícil del artículo y la crónica, que ha anunciado sus primeras novelas, y, sobre todo, está Camilo José Cela. La novela española es buena; además, cada año, mejora. Ahora bien, ¿es lo que debe ser?

Recordemos unas palabras de Sánchez Mazas: Dicen así: "Siempre que un pintor en España pinta nauseabundos bucheles, unas caras sucias de arrabal, ejecuciones capitales, indios hambrientos, difuntos de hospital, niños expósitos, cretinos de pueblo y reses desolladas, se dice, inapelablemente, de él, que es un realista. Si pintara, con el mismo realismo de la mente, los ojos y el pincel, pastoras bailando junto al río, mericendas de casados jóvenes en el jardín, con niños y lebreles, o donceles jugando en el agua a mediodía, sobre un fondo de gradas de mármol, ya muy difícilmente se diría, de él, que es un realista. La realidad entre nosotros anda muy malparada. La realidad en Velázquez, para Solana, no aparecería tanto en "Las meninas" como en "aquella vieja que frie güevos". ¡Qué realismo! Pero si la realidad, por ejemplo, es lo que ha pintado Solana, yo no sé una palabra de realidad. Esa realidad sólo la he visto en los cuadros de Solana". Tras lo cual termina Sánchez Mazas felicitándose de que, hoy, en vez de ser España —la España zuloaguesca, solanesca, valleinclanescas, la "España negra"— la abastecedora de horrores realistas, sea de Europa de donde venga lo sombrío.

Eso, que Sánchez Mazas escribió refiriéndose a la pintura y a Solana, excelente pintor, pero desorientado pintor, ¿no tendrá aplicación para ciertos novelistas, excelentes novelistas, pero desorientados novelistas? ¡Dios, cuándo se darán cuenta, éstos, de que, al fin y al cabo, la aventura más fascinadora es siempre la del orden; que la novela, y todo lo demás, debe ser, además, arte responsable, y no irresponsable francachela de "hijos de familia"! Sirvales de lección lo ocurrido con la poesía, que nunca ha dejado, desde principios de siglo, de ser magnífica poesía, pero que es ahora cuando, de verdad, ha pasado a servir, despojada de la ortopedia de las formas rígidas, abandonando su primero y frío elasicismo por su actual y cálida humanidad.

NUESTRO "CARLOTERCISMO"

No se trata, con lo antes dicho, de preconizar una cultura a golpe de tambor. Nuestra cultura es libre, y debe seguir siéndolo. Pero, ¿no sería muy deseable que, al menos cuanto es "joven" entre nosotros, confluyera espontáneamente en el acatamiento de unos valores de los que todos andamos bastante necesitados, en vez de abandonarse al frívolo juego del arte por el arte, que tantos esfuerzos valiosos esterilizó, sustancialmente? Eso no es pedir la cultura de una política, pero sí la cultura de unos principios, de los que, esto sí, pero por sus propios caminos, puede derivar una política, que así estará con aquella cultura en relación colateral, nunca directa.

Cuáles sean esos principios, no es difícil adivinarlo, indagando las manifestaciones más características de estos momentos. Repásese, para empezar, la postura de nuestros mejores escritores políticos (y permítaseme citar aquí a Rodrigo Fernández-Carvajal, como promesa que es, ya bastante segura, de nuestro mejor escritor de esa cuerda, desde el 39 para acá): su racional equilibrio; la superación del cerrado nacionalismo, mediante la Hispanidad. Desde ahí, hasta las manifestaciones intelectualistas, en lo cultural, de la revista *Alférez*, todo, el anti-realismo en la pintura, el anti-romanticismo musical de Sopena, la exaltación de la historia sobre la geografía y la tierra, gratas al 98, la victoria sobre la "españolada" que representan nuestras mejores realizaciones cinematográficas, la poesía de Panero, el riguroso pensamiento de Lain, todo, responde a un mismo modo de manejar lo español para fines universales y sin telarañas casticistas. Claro que hay sus fallos. Así, por ejemplo, en la música (donde debemos señalar, de pasada, las figuras del director Ataulfo Argenta y de Victoria de los Angeles, premio internacional de Canto de Ginebra), hay mucho camino por andar hasta llegar a las alturas de Sopena o Rodrigo; en el cine, está ese triunfo que con gracia llama Antonio Valencia de las "pelucas, barbas, moscas, mostachones, patillería, gregüescos, basquiñas, ropillas, guardainfantes, fraques, calzas, casacas y miriñaques", es decir, de lo falso, ampuloso y teatral, sobre esa línea sencilla y antitópica que es

tan nuestra, y que con tantas razones defiende *La Codorniz* (el humor de este semanario festivo, cuyos precedentes lo vinculan con los parapetos de nuestra guerra, es, en lo que tiene de más profundo, expresión de esa mentalidad a que me refiero. Un casticista no podría soportarlo). Pero, en general, el tono es el que digo, y se refleja hasta en lo menudo, por ejemplo, en las crónicas en que "Puek", en el diario *Arriba*, ha venido enjuiciando los problemas municipales de una capital: Madrid. Allí se ha tratado, en efecto, inteligentísimamente, de perseguir la que se calificaba de "miseria agitanada", el "zoco", defendiendo, frente a ella, el noble juego de distancias en las ciudades, los espacios, los árboles... lo que puede llamarse, en suma, "carlotercismo". Pero el carlotercismo, descontando el desnivelamiento de la balanza, entonces demasiado inclinada del lado de Europa, puede tomarse como expresión de nuestras actuales tendencias culturales, y no fué simple azar que la primera de estas Crónicas se iniciara, hace tres años, con un recuerdo al siglo XVIII.

¿Que esto escandaliza? Digamos entonces que lo nuestro es, yéndonos más arriba, lo "carlino", lo del Carlos, no tercero, sino primero, y sus precedentes; lo de una época archiespañola, por lo mismo que no fué castiza, sino europea y hasta italianizante, con un Boscán y con un Garcilaso para pararle los pies al archicastizo y local Castillejo.

Sólo laten, en ese modo de ver las cosas, dos peligros: el primero, que esa generación joven, cuidadosa y responsable, de puro prepararse mucho, no haga lo que puede hacer; el segundo, que esa generación, fría e inteligente, se quede en el primer estadio, en que el orden que crea "no es sustancia de sus hábitos diarios, sino fría persuasión mental"; que, por eso, pueda degenerar su actual sencillez en puritanismo. Rodrigo F. Carvajal ha escrito: "si José Antonio prefería la poesía en sonetos, doce años después, gracias al mucho uso de esta disciplina, la poesía está ya purificada, y un poeta joven puede permitirse la holgura del verso libre... Su clasicismo voluntario nos ha sustraído al peligro de ser románticos, y nos ha fortalecido hasta el extremo de poder dejar de ser clásicos, liberándonos para siempre de esta dictonía pe-

nosa". Estas palabras no se han escrito sólo para los poetas, como es natural.

Si nuestros jóvenes las escuchan, la huella de su labor, serena, europea y a la vez española, sólo que encaminada a conseguir "cultura por españoles", más que "cultura española", será difícil de borrar.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO.



RECENSIONES

